

rioridad de sus miras, la eficacia soberana de su influencia.

3. *San Pío V y San Francisco*

Dios, que quería, en esta época, el renacimiento de la Iglesia, permitió que tres santos trabajasen de acuerdo en él: Francisco de Borja, Carlos Borromeo y Pío V.

Intima amistad unía al arzobispo de Milán con el General de la Compañía. Borromeo ayudaba generosamente á Borja, y á menudo sin que éste lo supiese. Verdad es que se quejaba algunas veces de que, en cambio de sus larguezas, no le diese el General, para su colegio, numerosos y brillantes discípulos, pero aceptaba con deferencia sus consejos. El austero Borja, más económico de las fuerzas de otro que de las suyas, recordaba al arzobispo la prudencia, aconsejándole que se cuidara y conservara su salud para servir mejor á Dios y al prójimo.

El pontificado de Pío V y el gobierno de Francisco de Borja, que empezaron con algunos meses de intervalo, acabaron casi al mismo tiempo ⁽¹⁾; Borja murió obedeciendo al Papa, y durante seis años, secundó con toda su alma el celo ardiente del Pontífice.

El día en que, con gran aparato, dirigíase Pío V á tomar posesión de la basílica de Letrán, al pasar por delante de la casa profesa, distinguió á Francisco de Borja, á quien rodeaba su comunidad. Le llamó, y deteniendo su

(1) Pío V fué elegido el 7 de Enero de 1566, y murió el 1.º de Mayo de 1572.

cortejo, abrazó cordialmente á Francisco y conversó algún tiempo con él. Claro está que este homenaje se dirigía, no solamente el hombre, sino también al general.

Con frecuencia refería Borja á sus amigos, los Cardenales Trushes y Hozius, los rasgos de virtud del nuevo Papa y sus enérgicos propósitos de reforma y apostolado. El mismo daba generosamente á Pío V misioneros para Alemania, sacerdotes para los ejércitos y las escuadras, lingüistas para traducir, en diversos idiomas, el catecismo del Concilio, ó para ayudar á corregir la Biblia. Ningún llamamiento al sacrificio le encontró vacilante. El fué quien, relatando al Papa cómo la Universidad de Ingolstadt exigía de sus doctores una profesión de fe católica, inspiró á Pío V la idea de imponer esta profesión de fe, primero á las Universidades de Perusa y Bolonia, y después á todas las Universidades católicas. El fué también quien, el 20 de Mayo de 1568, rogó á Pío V que confiara á una comisión de cardenales el cuidado de promover la conversión de los infieles y de los herejes. El papa nombró al punto dos comisiones, compuestas cada una de cuatro cardenales. La congregación de la *Propaganda Fide*, que no debía ser instituída hasta el 22 de Junio de 1622 por Gregorio XV, se hallaba en germen en las que Pío V había fundado á instancias de Francisco de Borja.

En 1566 invadió á Roma una fiebre. Tenía su foco en el barrio, entonces pantanoso y malsano, de la Trinidad del Monte; 4000 casas se hallaban contaminadas. Un hombre

heroico, Juan Pablo Bubalo, hizo de su casa un hospital, y aunque la plaga le había arrebatado á su mujer y á su hijo mayor, no cesó de distribuir socorros, pero agotados muy pronto, recurrió al cardenal Marco-Antonio Amulio, quien hizo en seguida un llamamiento al celo inteligente de Francisco de Borja. Pidió el santo socorros al Papa, hizo recoger limosnas por los alcaldes de los barrios, y luego, distribuyendo la región pestífera en quince secciones, organizó, en cada una de ellas, una especie de ambulancia, abastecida de remedios y víveres y dirigida por un Padre y un Hermano. Los estudiantes del Colegio Romano y los del Colegio Germánico se hicieron hospitalarios voluntarios, y no siendo suficientes los quince dispensarios, alquiló Borja una casa destinada á hospital central. Cuarenta de sus religiosos estuvieron empleados, durante la epidemia, en el servicio de los enfermos, pero lo que triunfó de la plaga fué la previsión del General. Pío V y Roma entera le quedaron reconocidos, y cuando en 1568 se anunció otra epidemia análoga, Pío V confió inmediatamente á Borja la administración de los socorros.

Pronto tuvo el General que defenderse del celo del Papa. Pío V pensaba confiar á los Jesuitas la visita de algunas diócesis y la mayordomía del Palacio Apostólico. Borja llegó á disuadirle, pero hubo de aceptar, para los suyos, la dirección espiritual de la obra de los catecúmenos y el cargo de examinadores de los candidatos á los beneficios. Pío V deseaba

también que el Padre Francisco Tolet, nombrado predicador apostólico, viviera en el Vaticano. Borja había prohibido en todas partes á sus inferiores la estancia en los palacios de los príncipes. A su amigo el Cardenal de Augsburgo, al duque de Saboya, al Podestá de Venecia y á su hermano Galcerán de Borja rehusó teólogos, profesores y capellanes que residieran en sus palacios. Luchó enérgicamente contra los archiduques de Austria, deseosos en demasía de proteger la autonomía de sus confesores. Contestó, pues, al Papa recordándole las prescripciones del Instituto. Pío V respondió que él no ordenaba, sino rogaba. Era necesario rendirse á este ruego, pero para que conservara el P. Tolet las ventajas de la vida común, obtuvo Borja que, en el Vaticano, el predicador del Papa tuviera consigo dos compañeros.

En 1566, corrió el rumor de que Pío V iba á imponer el capelo al P. Francisco, y, en efecto, el diario espiritual del santo refleja en esta época un temor vivísimo de honores en perspectiva. Pío V amaba demasiado á Borja para afligirlo tanto. «Nuestro Padre—escribíase desde Roma—ha puesto tal cara á los que han tratado este asunto, que nadie, á mi entender, se atreverá á volver hablarle del mismo... No es costumbre imponer por fuerza, semejantes dignidades, y menos á quién lejos de estimarlos, afirma que, al concedérselas, se le causa más pena que ordenándole morir. El Papa desea que Nuestro Padre viva. Por eso no creo que, sobre este punto, se le disguste.»

Las resistencias de Francisco de Borja no pudieron impedir otros proyectos de Pío V. Habiendo resuelto el Papa reformar las tres penitenciarías de San Juan de Letrán, Santa María la Mayor y San Pedro, confió las dos primeras á los Franciscanos y Dominicos, y reservó á los Jesuitas la de San Pedro. Por escrito y de viva voz representó el General al Papa las dificultades que suscitaría esta medida; Pío V mantuvo su decisión, y el 1.º de Mayo de 1570 quedó instituído el Colegio de los Penitenciaros, el cual se componía de doce sacerdotes de diferente nacionalidad, tenía de Rector al P. Francisco Tolet, y le fué asignada una casa contigua al Palacio Apostólico.

La resolución de confiar á la Compañía de Jesús la penitenciaría de San Pedro fué inspirada á Pío V por Carlos Borromeo; también fué el santo arzobispo el que secretamente asumió todos los gastos de la instalación.

Todavía costaron más á Francisco de Borja otras dos medidas del papa Pío V. San Ignacio había juzgado incompatible el coro conventual con los ministerios de la Compañía. Quiso también, y así lo tienen establecido las Bulas de institución de la Orden, que los votos simples emitidos por los novicios al terminar los dos años de probación, los constituyeran en verdaderos religiosos, permitiéndoles ser ordenados con el título de pobreza, y que después de un período de formación bastante largo, sólo algunos sacerdotes fueran admitidos á la profesión solemne, mientras los otros no ha-

rían más que votos no solemnes, siendo coadjutores espirituales.

Volviendo sobre una disposición de Paulo IV, abolida después por Pío IV, deseó Pío V que las casas profesas de la Compañía tuvieran coro, y aprovechó, para introducir esta costumbre, la publicación del nuevo breviario romano.

En las órdenes de Navidad de 1567, Pío V prohibió también que se ordenara á religiosos que no fueran profesos, pues juzgaba esta prohibición conforme con los decretos del Concilio de Trento. Ninguna representación de Borja pudo hacer desistir al santo Papa de una decisión que su misma conciencia le había dictado. Sometiéronse á ella, y hasta la muerte de Francisco, ningún religioso de la Compañía fué ordenado sin haber hecho su profesión.

Los adversarios de la Compañía, en España sobre todo, daban á estos dos actos del Padre Santo un sentido que no tenían, anunciando resueltamente que el Papa iba á abolir la Compañía. Alarmado por estos rumores, el cardenal Pacheco, arzobispo de Burgos, los transmitió un día á Pío V, el cual, conmovido en extremo, exclamó: «¡Lejos de Nos semejante crimen!»

Pío V murió el 1.º de Mayo de 1572. Cinco meses después, Francisco de Borja se juntaba con él en el cielo. Los dos santos se unieron, sin duda, para hacer cesar la prueba que el uno había provocado, y el otro había sufrido. El 12 de Diciembre de 1572, restablecía

Gregorio XIII el Instituto en su primitivo estado.

4. *Las Misiones*

En 1559, Francisco de Borja rogaba al Padre Láynez que le enviara á las misiones de India. Desde entonces no cesó de ambicionar el Apostolado y el martirio. «Aunque me acerco ya á los 50—escribía en 1567,—no he perdido la esperanza de ver esas regiones y de acabar en ellas mi vida al servicio de Dios y de las almas. *Pater mi, viriliter age et esto robustus!*, recordándoos del favor que Dios hace á los que, por obediencia, son enviados á las misiones apostólicas, y pueden consagrar su vida y su muerte á tan gran servicio de Dios, sin salir de la seguridad y obediencia religiosa.» Pocos meses después, repetía: «¡No, no he perdido la esperanza de morir allá, por lo que quisiera que todos los que marchan á la India enviados por la santa obediencia, comprendiesen la gracia que Dios les hace con tan excelente vocación!»

Lo que Francisco de Borja no obtuvo para sí, Dios concedió con largueza á sus hijos. Si no pudo ocuparse él mismo en la conversión de los infieles, tuvo la gloria de consagrar á ella muchos religiosos, de abrir á su Compañía nuevos campos de apostolado, y de ver caer en ellos numerosos mártires.

Las lejanas misiones de Asia, fundadas por San Francisco Javier, no habían sido nunca más visitadas. Desde el principio de su gene-

ralato, resolvió Borja procurarles el aliento y apoyo de una visita regular. Como consecuencia de ello, las cristiandades de la India y del Japón fueron renovadas. Con vigilancia, firmeza y ternura sin límites, ocupóse al punto en remediar las necesidades, los abusos y los sufrimientos que le indicaban.

Comprendió, desde luego, que, más que en otros puntos, necesitábanse en las misiones pocos hombres, pero escogidos, «bien persuadidos de que no van á bautizar á millares de infieles, sino á sufrir por Jesucristo, y aprender, como niños, lenguas bárbaras.» Hace en todas las provincias un llamamiento á los voluntarios, pide listas de candidatos, felicita á los que se ofrecen, rodea de paternales delicadezas á los que parten, y reanima con frecuentes cartas á los que luchan en tierras lejanas, á aquellos sobre todo á los cuales desalienta el combate.

Anuncia su partida á los elegidos con acentos, en ocasiones, proféticos, que debían entusiasmarlos. El P. Juan Bautista de Segura fué martirizado en el Perú en 1571. El 7 de Junio de 1567, le escribía Borja: «Mi querido Padre, he aquí una buena nueva para quien tanto la deseaba. Se ha dado la orden de que el P. Juan Bautista vaya á verter su sangre en las regiones en que tantos otros han ido á derramar la del prójimo; que vaya á ofrecer el oro de la caridad adonde tantos otros han ido á buscar el de la tierra; que vaya á conquistar almas y á abrir con su predicación nueva brecha en esa fortaleza del Nuevo Mundo. Igno-

ro aún si debo regocijarme, porque os amo, ó si lamentar vuestra partida... Los buenos viejos de Toledo lo sentirán: son vuestros padres según la carne, pero los verdaderos padres de vuestra alma se alegrarán, lo mismo que los santos del cielo. Rogad por mí á Nuestro Señor, y escribidme con frecuencia las proezas que la mano divina obre por medio de vos y por los que parten con vos. Serán por lo menos diez, que constituyen la vanguardia... Seguirán sin tardanza las enseñas y los capitanes...»

La misión más difícil de la Compañía era entonces la de Etiopía. Juan Núñez Barreto, Melchor Carneyro y Andrés de Oviedo fueron nombrados, el primero, patriarca de Etiopía, los otros dos, obispos coadjutores. Los tres obispos partieron en 1565 para Goa. El patriarca murió en esta ciudad; Carneyro fué nombrado administrador de las iglesias del Japón. Únicamente Oviedo llegó á Etiopía. El papa y el rey de Portugal, engañados por falsos progresos, fundaron, sobre la conversión de Abisinia, esperanzas que se vieron cruelmente desvanecidas. Oviedo sufrió la más dura cautividad y el más horrible abandono. Su miseria fué tal, que hubo de arar para vivir, y llegó hasta el punto de no tener para escribir al papa más que las páginas blancas arrancadas de su breviario. Emocionado por tantas privaciones, logró Borja del pontífice Pío V que Oviedo pasara al Japón, en donde su ministerio sería más fructuoso. El buen pastor no quiso abandonar su pobre rebaño. Se retiró á Fremona,

al noroeste de Adua, y por espacio de más de veinte años, vivió, rodeado de algunos católicos, en la soledad y la indigencia. Impotente para socorrer á su antiguo rector de Gandía, Borja lo consolaba al menos con cartas, y al propio tiempo que se compadecía de sus sufrimientos, los envidiaba.

Las misiones de Asia debieron su desenvolvimiento á Francisco de Borja, y las de América su existencia. Fundó las misiones de la Florida, México y Perú, y mandó hacer los primeros reconocimientos en Tucumán y Paraguay. Pedro Martínez, el primer misionero enviado por él á la Florida, fué degollado casi al desembarcar. Parece que Borja conoció sobrenaturalmente este martirio, pues el mismo día escribía en su diario: «He orado por la Florida y por Pedro Martínez.»

Para responder al deseo de Felipe II, cada año, á partir de 1566, envió Borja á la Florida, Perú y México grupos de quince á veinte misioneros. El Padre Segura y seis de sus compañeros fueron martirizados en el Perú en 1571. Semejantes desgracias no hacían más que avivar el celo del Santo, y tal vez otros menos generosos que él le juzgaron demasiado pródigo con respecto á las misiones.

En 1569, el Padre Ignacio de Azevedo debía volver al Brasil. Conmovido por las necesidades espirituales de esta comarca, puso Borja una solicitud desusada en reclutar la expedición que debía conducir Azevedo. Como si previese la gloria que le estaba reservada, la quiso numerosa y escogida. Rogó al provin-

cial de Portugal que diera á Azevedo todas las personas de quienes pudiera disponer, y pidió veinte á las provincias de España.

Azevedo reunió en Valderosal, cerca de Lisboa, á sus compañeros, jóvenes casi todos, y durante cinco meses, los preparó para su futuro apostolado con la oración, el trabajo y el aprendizaje de diversos oficios, que les serían útiles en el Brasil. El 5 de Julio de 1570, se hacía á la vela la escuadra de don Luis de Vasconcellos. Azevedo y cuarenta misioneros se embarcaron en el *Santiago*; los demás en diversos barcos. El sábado 15 de Julio, á la vista de Palma, el *Santiago*, separado por un temporal del resto de la escuadra, fué asaltado por cinco barcos á las órdenes de Jaime Soury, hugonote de la Rochela. Los portugueses hicieron una hermosa resistencia, pero el *Santiago* fué capturado y su tripulación perdonada; sólo Azevedo y sus compañeros fueron degollados por odio á la fe.

Pío V, al saber la muerte de los apóstoles, decidió que había que invocarlos, puesto que eran mártires. Hoy están beatificados. Borja se enorgulleció de la valerosa muerte de su querido Ignacio de Azevedo y no consintió que se ofreciese por los mártires los sufragios que se ofrecen ordinariamente por los difuntos.

Después de algunos meses de espera, la escuadra de Vasconcellos se juntaba en las islas Terceras. Abandonando los demás bajeles, equipó el almirante un navío, embarcó en él quince misioneros y sus mejores marinos, y á

pesar de la presencia de los piratas, el 6 de Septiembre de 1571, se hizo á la vela para el Brasil. El 12, un corsario hugonote, Juan Capdevielle, bearnés, atacó á Vasconcellos con cinco navíos. El almirante portugués murió defendiendo su nave; ésta fué apresada y muertos los trece misioneros. Únicamente dos pudieron ganar á nado las chalupas que los pusieron en salvo. La valiente tropa escogida por Borja no había defraudado las esperanzas de su jefe ⁽¹⁾.

5. *El espíritu de San Francisco*

La santidad no apaga los afectos legítimos, antes los aviva sobrenaturalizándolos; sería, pues, desfigurar á Francisco de Borja, como religioso, suponiéndole una indiferencia hacia su familia que jamás conoció.

Con frecuencia escribía á sus hermanos é hijos, que quedaban en España. Les obligaba á que le escribieran, y en caso de necesidad, se quejaba de que no lo hiciesen. Cada correo que salía de Gandía, Madrid y Toro, le traía noticias de su hijo Carlos, de su yerno el conde de Lerma, de su hija Juana, marquesa de Alcañices, de sus hermanas, clarisas en Gandía y en Madrid, de sus cuatro hijos, Juan, Alvaro, Alfonso y Fernando, de sus hermanos

(1) En 1568, cuatro misioneros, al volver de Conchinchina á Goa, fueron atacados por musulmanes. Tres fueron muertos, uno vendido como esclavo y más tarde rescatado por cristianos. En algunos años, Borja tuvo la gloria de contar, entre sus hijos, sesenta y seis mártires.

y hasta de sus viejos servidores de otro tiempo á quienes nunca olvidó. A las cartas, se juntaban algunas veces cajas de conservas, jarabe de caña de azúcar y de azahar. Lo agradecía todo, pero rogaba que suspendieran aquellos envíos que calificaba de inútiles. Seguía con interés los trabajos de su hermano Tomás, el más joven de todos, estudiante en Alcalá; las proezas y victorias de Galcerán de Borja, Capitán General de Orán, la brillante carrera de su hijo Juan, nombrado en 1569 embajador de España en Lisboa, los cuidados del conde de Lerma, mayordomo, después guardián, del malogrado infante D. Carlos.

Se le anuncia el nacimiento de sus nietos y biznietos, y se regocija. Todos le escriben con soberano respeto y confiado afecto. Cuéntase con sus oraciones, á las cuales se atribuyen todas las felicidades de la familia, y se solicitan sus consejos. Aquellos de los suyos que sufren, acuden á su intercesión, que no rehusa, y es sumamente consolador encontrar entre los restos de esta correspondencia inédita, cartas de una Lucrecia Borgia, biznieta de Alejandro VI y religiosa en Ferrara, y de un César Borgia, desterrado en Nápoles, desgraciado, rechazado por los suyos, que no encuentra otro apoyo que el de Francisco, al cual llama su único señor y padre.

Borja envía un día á su hijo Carlos un mapa del mundo, un reloj, un retablo y un libro de caza. ¡Qué gozo á la llegada de estos presentes! «Sabía—le escribe Carlos—que el mundo es pequeño; ahora ya no me cabe duda de

ello, por lo que lo estimaré como se merece... El reloj me ha entusiasmado; es bueno y elegido por una mano buena; me recordará que debo recuperar tantas horas perdidas... Las imágenes son maravillosas... En cuanto al libro de caza, añadido á vuestros permisos de antaño, me permitirá responder á los que me censuran por dedicar tiempo á un ejercicio tan necesario á mi salud y á mi justa distracción.»

No hay nada enfático en esta correspondencia: la confianza de un hijo que vuelve á encontrar un buen padre. ¡Y cómo se inquieta al saber que está enfermo y carecer de noticias de él! Por su parte, responde sencillamente, interesándose por la salud, por los procesos, por los casamientos y por la carrera de sus hijos. Sabe gastar bromas con amabilidad. Su caridad es exquisita. En Gandía es despedido un antiguo criado por una falta. El lo recomienda á su hijo, con tierna compasión: «Es el primer servidor que recuerdo haber tenido—escribe.—No des importancia á esa falta, sino á los buenos servicios que ha hecho durante sesenta años. De este modo imitarás la misericordia de Dios, y yo tendré en ello particular satisfacción.» Dos de sus hermanas, clarisas, mueren en Gandía. Para consolar á la que queda, le expone con seráfica efusión la felicidad del alma que vuela á Dios. Su hijo gana un proceso: «¡Tanto mejor! Tendrás más dinero para hacer limosnas.»

Juzga siempre las cosas como hombre fundamentado en Dios, que sólo aprecia la tie-

rra en cuánto conduce el cielo. «¡Oh!—escribía á una de sus hermanas—¡Nadie sabe el valor de una hora empleada en el servicio divino y en obras santas y piadosas! ¡Oh, cuán grande es el valor de un acto de amor sincero, brotado de un corazón ferviente y ofrecido con humildad y reconocimiento!...» «Lo que yo deseo—decía á la emperatriz María, con la que se carteaba á menudo,—es ver que V. M. se acerca á Dios y se aleja del mundo, á pesar de ser soberana en él; que está dispuesta á buscar en toda la mayor gloria de Dios. Todo lo que no sea esto, bien poco vale y es menos aún... Los turcos amenazan el imperio... El Padre de las misericordias permite estas pruebas para arrancarnos de hábitos tanto más perjudiciales cuanto menos atención ponemos en ellos: la ingratitud por los beneficios recibidos, el amor por lo fugaz y transitorio, el olvido de los mandamientos divinos, y muchas otras cosas que uno se permite y que pagamos todos juntos... Suplico á V. M. que aproveche el tiempo; el Señor ha prometido morar en los que se hallan atribulados. ¡Qué consuelo en las penas! ¡Qué favor el de no perder á Dios! ¡Qué temerá el que sabe que el Señor habita en él? A fin de obtener este beneficio, ¿qué trabajo no se dará por bien empleado? Si esta dicha nos faltara, ¿de qué servirían las victorias y el cumplimiento de nuestros deseos?» El mismo lenguaje emplea con la de la reina de Portugal. Francisco de Borja fué el padre espiritual de los príncipes de su época, y ningún predicador de reyes tuvo un lenguaje más elevado,

menos exento de complacencia y á la vez fiel, respetuoso y sobrenatural.

Su santidad no era huraña, ni tristonía, ni acompañada, sino natural y gozosa. Aquella alma serena vivía en la luz y en la paz, que esparcía en torno suyo. Toda ella respiraba alegría. Solamente su mirada—dicen los que le conocieron—impulsaba á la alegría y al fervor. El amor de Dios, el celo por las almas, el olvido completo del mundo y de sí mismo, la humildad y el afecto por sus dos familias, se armonizaba perfectamente en él, así como su excesiva austeridad se unía á una condescendencia bondadosa para con el prójimo. Recomendaba la moderación, y aconsejaba que se evitasen las fatigas y las penitencias excesivas. El, tan penitente y rígido, escribía á un profesor de novicios de Inspruck: «Deberéis consultar con el Padre Provincial vuestro proyecto de mortificar á los novicios. Por mi parte, yo he creído siempre que la *mediocritas aurea* convenía más y era más duradera, lo mismo en Alemania que en cualquier otra parte.»

De aquí que fuera tan amado como venerado. Esto explica lo mucho que con frecuencia le han desfigurado pintores é historiadores, aquéllos dándole rasgos ásperos y bruscos, éstos atribuyéndole un carácter feroz.

*
* *

Consumido por el trabajo, los cuidados y las penitencias, Francisco de Borja llevó á cabo, sin

embargo, una carrera laboriosa. Repuesto de sus periódicos ataques de gota, después de algunos días de reposo en Tívoli ó Frascati, volvía á su régimen de abstinencias, ayunos y maceraciones. Pero durante el verano de 1568, fué atacado de fiebres violentas, complicadas con un tumor en la rodilla y con crisis de gota. Se le creyó perdido; únicamente su secretario repetía: «Tenemos mucha necesidad de él para que Dios se lo lleve.» El 4 de Mayo de 1569, apenas convaleciente, quiso ir á su querido santuario de Loreto, para dar gracias á la Santa Virgen por los favores recibidos durante su larga enfermedad. Volvió curado de Loreto y resuelto á «enmendar su vida.» En una carta dirigida á toda la Compañía, exhortó á sus hermanos «á seguir la vocación con más celo, amor y fuerza.» No contento con esta exhortación común, se dirigió directamente á aquellos en los cuales la acción tenía más influencia. Veía que sólo la última etapa le separaba del término, y quería franquearla con valor.

CAPÍTULO IV

LA ÚLTIMA LEGACIÓN

La Congregación trienal de los Procuradores iba á reunirse en Roma, en el mes de Junio de 1571. Dando de lado á las demás inquietudes, estudiaba Borja los graves asuntos que le habían de ser sometidos, cuando el 1.º de Junio, le hizo llamar Pío V. Estaba Chipre á punto de rendirse á los turcos, y el Papa, no contento con la alianza defensiva, concertaba ya con España y Venecia, acariciaba el proyecto de coligar todas las fuerzas cristianas para emprender una cruzada decisiva, á cuyo efecto resolvió enviar dos legaciones á los príncipes católicos. El cardenal Comendón, antiguo legado en Polonia, fué enviado á la corte del emperador Maximiliano y á la de Segismundo, rey de Polonia, y el cardenal Miguel Bonelli, sobrino del Papa, á la de los reyes de España y Portugal. Para acompañar como asesor al cardenal Comendón designó Pío V al padre Tolet, y quiso que Francisco de Borja acompañase á su sobrino.

Inquieto el P. Polanco, representó al papa la decepción que causaría á la Compañía la ausencia de su General, durante la Congregación, y el peligro que un viaje semejante haría correr al P. Francisco, cuya salud era precaria, Pío V vaciló, pero juzgando después que